

pobres. Siendo padre de todos, ¿á qué fin te habia de conceder á tí tantas cosas superfluas, dejando á tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que á tí, ni tú le costaste menos que ellos: de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. ¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieses recibido? dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso, esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes, pero quiere tambien que los pobres tengan parte en ellos. No olvides, pues, esta caridad de una obligacion indispensable, y desde hoy mismo imponte una ley de que no se te pase dia sin hacer alguna limosna á proporcion de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes, no harias demasiado, pues al fin es el primer Señor y el soberano dueño de todos. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impia! ¡Cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexion á lo que en un solo dia gastas en el juego, y consumes en tus diversiones, considerando que eso solo bastaria para sacar de miseria gran número de infelices.

2. No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes como lo hicieron muchos santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro; heroismo de caridad que todos admiramos en un san Paulino, y que solicitó despues imitar santo Domingo. Pidete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia; antes bien enriquecerán no solo á los pobres,

sino á tus mismos herederos. En fin, paga por tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustin, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de ellos: susténtale, y vístete en la persona de un pobre.

SAN LORENZO JUSTINIANO, OBISPO Y CONFESOR.

San Lorenzo Justiniano, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, fué de la ilustre casa de Justiniani, tan conocida en Venecia, -en Génova, en el reino de Nápoles, en la isla de Córcega y en la de Quio. Nació en Venecia el dia primero de julio del año 1381, siendo sus padres Bernardo Justiniani, y Quirina, señora mucho mas respetada por su virtud, que por lo ilustre de su sangre. Salió Lorenzo al mundo con tan bello natural, con inclinaciones tan nobles y tan cristianas, que el gran cuidado de sus padres en darle la mejor educacion solo sirvió para que se descubriese mas de cerca lo elevado de su ingenio y las excelentes prendas de su gran corazon. Quedó viuda su madre siendo aun muy jóven, y dedicó toda su aplicacion á criar bien á Lorenzo. Considerando un dia la modestia, la circunspeccion, el extraordinario juicio que el tierno niño mostraba en todo acompañado además de cierta grandeza de alma, poco correspondiente á su edad, temió que esto no fuese efecto de alguna soberbia oculta, secreto orgullo y propia satisfaccion. Declaró á Lorenzo estos temores; y el santo niño le respondió sonriéndose: *No temais, madre y señora, no tengo otra ambicion que la de ser cada dia mayor siervo de Dios, y mas devoto que todos mis hermanos.*

Presto verificó su proceder esta especie de profecía,

pues no hubo niño que menos lo fuese, ni menos lo pareciese. Fué su primera juventud como un prodigio de inocencia y de virtudes. En medio de una multitud de jóvenes viciosos, divertidos y disolutos; en un siglo en que la corrupcion de las costumbres parecia haber inundado toda la tierra; este caballerito jóven, rico, bien dispuesto, lleno de agudeza y de fuego, á la edad de diez y ocho á veinte años fué perfecto modelo de todas las virtudes, y la admiracion de toda Venecia.

Alma tan privilegiada no estaba destinada para el mundo, habiéndole formado el Señor para ornamento del estado regular y para gloria del eclesiástico. Aunque vivia en el mundo como el mas perfecto religioso, suspiraba sin cesar por el retiro del claustro, haciéndosele intolerables las mas inocentes conversaciones por el amor que tenia á la oracion, á la soledad y al recogimiento. Acompañaba siempre al fervor del espíritu la mortificacion de la carne, y aplicaba todas sus buenas obras, ejercicios y penitencias para que el Señor le diese á conocer el estado en que era su voluntad le sirviese; pues no reconocia otra regla para gobernar todas sus operaciones. Tardó poco en resolverse; porque, hallándose un dia en oracion á los piés de un crucifijo, y en presencia de una imágen de la santísima Virgen, sintió su corazon todo encendido en un género de desacostumbrado fervor; y renunciando desde entonces generosamente todas las tentadoras esperanzas con que el mundo le lisonjeaba, y todas las conveniencias de su ilustre casa, resolvió vivir en adelante para solo Dios, sin reconocer jamás otro amo, ni otro dueño. Acabada su oracion, se fué derecho al convento de los canónigos regulares de san Jorge de Alga, isla que forma el golfo como á media legua de la ciudad: pidió con instancia ser recibido en el número de ellos, y como

abogaban por él su nobleza, su virtud y todas sus bellas prendas, logró desde luego lo que pretendia.

No solo tuvo que mudar de vida con la mudanza de estado, sino que fué preciso moderar en la religion su fervor, y poner tasa al rigor de sus penitencias. Nombrósele por maestro en el noviciado á su tio materno Martin Quirino, hombre de santa vida; pero este muy desde luego confesó con ingenuidad que su novicio estaba mucho mas adelantado en los caminos de Dios que su maestro y director. Contaba á la sazón solos diez y nueve años; y no obstante eran tan extraordinarios sus progresos en la virtud y en la ciencia de los santos, que ya desde entonces era modelo de perfeccion á todos los religiosos. Desde el primer dia de su noviciado se prescribió ciertas devociones, que jamás omitió despues en todos los dias de su vida. Sus abstinencias y sus ayunos fueron muy rigurosos y continuos, sus vigiliias excesivas. Quedábase en la iglesia desde maitines hasta prima, y jamás se arriaba á la lumbre por violento y por cruel que fuese el frio, aunque era de un temperamento extraordinariamente delicado, débil y sensible. Impúsose una ley de no beber jamás fuera de las comidas, aunque se abrasase de sed y de calor. Intimáronle algunos padres ancianos en nombre de todo el capítulo que moderase sus rigores: *Bien está*, respondió el santo, *yo obedeceré; pero ya cuidará Dios de recompensarme por otra parte de vuestra demasiada indulgencia.* Efectivamente, pocos dias despues se cubrió de lamparones; pusiéronle en cura, aplicáronle el hierro y el fuego muchas veces; atormentáronle horriblemente, dando igual ejercicio á su paciencia, que á la admiracion de cuantos eran testigos de su invencible sufrimiento; pues no dió otra señal de sus vivísimos dolores que pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y de Maria. Y aun en algun modo se avergonzaba

y se reprendía de su poco valor, comparando lo que padecía con los tormentos de los santos mártires, que tantas veces sufrieron el de las planchas encendidas.

Era la humildad su favorecida virtud, y así nada deseaba con mayor anhelo que pasar toda la vida en un estado humilde, oscuro y abatido; pero en este particular no condescendieron los superiores con su inclinación, ni dieron oídos á su repugnancia. Obligáronle á recibir los sagrados órdenes, y le elevaron á los primeros empleos de la religion. Concurrían en tropas los fieles á oírle celebrar el santo sacrificio de la misa por la devoción con que se ponía en el altar; y las muchas lágrimas que derramaba compungían á los asistentes, avivando en ellos las luces de la fe. Sin atender á su corta edad ni á los pocos años que tenía de religion, le hicieron superior, obligándole á ocupar los primeros puestos, que desempeñó siempre con dignidad y con acierto. Por los sabios y prudentes estatutos que formó cuando le eligieron general, es reputado por el verdadero fundador de la congregación de san Jorge. Segunda vez le hicieron general de su orden, cuando el papa Eugenio IV, plenamente informado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del siervo de Dios, le hizo obispo de Venecia en el año de 1433. Por mas que se resistió, le fué forzoso obedecer y consagrarse, velando en la iglesia, y pasando en oración toda la noche que precedió al día de su consagración.

Hallándose ya obispo, no por eso alteró en nada la religiosa vida que había observado entre los canónigos reglares de san Jorge. Sin aflojar un punto en su oración, aumentó las vigiliás, por tener mas tiempo entre día para dedicarle á los negocios y á las necesidades de su rebaño; y por mas que procuraba disimular sus mortificaciones y sus abstinencias, le fué impo-

sible ocultar á la noticia del público una parte de sus mas secretas austeridades. Pero donde mas resplandeció su modestia y su cristiana simplicidad fué en el arreglo de su familia y en la frugalidad de su mesa. Aunque se veía elevado á una de las mayores sillas episcopales de la Iglesia, no gobernó su tren y su equipaje por otras reglas que por las de su virtud y su humildad. Decía que todo el esplendor de su dignidad se debía derivar de la virtud; quería que los pobres entrasen siempre á la parte de sus rentas, y que, por decirlo así, fuesen contados en el número de sus familiares y de su servidumbre.

La dureza con que en todo tiempo trataba á su inocente cuerpo, nunca disminuyó ni su afabilidad, ni la inalterable dulzura con que recibía á todos, ganando tanto los corazones, que esto mismo le facilitó la reforma de su clero; pues al ver su admirable desinterés, y movido de sus grandes ejemplos, se sujetó á todo lo que quiso, y admitió cuanto le prescribió para restituir á su antiguo vigor la disciplina. Muchas veces se anticipaba á sus edictos la reforma de las costumbres. Amaban y estimaban tanto las ovejas al pastor, que ninguna se atrevía á descarriarse del aprisco, oyendo todas su voz con tanta docilidad y con tanto respeto, que á la primera visita mudó de semblante todo el obispado. Ultrajáronle ciertos hombres disolutos y atrevidos con algunas sátiras mordaces y picantes; pero el santo obispo no se valió de otros medios para convertirlos, que de su paciencia y de su moderación. No hubo impiedad tan orgullosa ni tan fiera que pudiese resistir á su virtud, desarmando su mansedumbre á los mas insolentes, cuya conversión se consideró como uno de sus mayores milagros. Muchos obró su extraordinaria caridad con los pobres. Sucedió no pocas veces que, despues de consumido y expendido todo el dinero

para asistirlos en sus necesidades, se halló socorrido de Dios por caminos imprevistos y no esperados. Pidióle un pariente suyo algun socorro para casar á una hija como correspondia á su calidad, y el santo obispo, sordo siempre á las voces de la carne y sangre, le respondió que, si le daba una corta cantidad, de nada le serviria; y si se la daba grande, cometeria un hurto quitando sus bienes á los pobres.

Nunca se comprendió mejor el mucho bien que puede hacer un santo obispo en su diócesis, que en el pontificado de nuestro santo. Sus rentas eran cortas, pero era grande su zelo. Sustentaba una multitud de pobres, que al parecer bastaban para empobrecerle á él; siendo muy rara la familia necesitada á quien no socorriese con alguna limosna. No solo aumentó el número de los canónigos de su catedral, fundando algunas prebendas para que se celebrasen los oficios divinos con mayor dignidad, sino que fundó tambien muchas iglesias colegiales en muchos lugares de su obispado, donde hasta entonces apenas habia un sacerdote. Igualmente fundó él solo quince comunidades religiosas, proveyéndolas de todo lo necesario; y reformó así la profanidad de los trajes como la corrupcion de las costumbres en todo su obispado.

Hacia muy alto aprecio de su virtud el papa Nicolao V, mirándole con la mayor veneracion, y deseaba colocar aquella grande antorcha en puesto mas elevado, desde donde pudiese difundirse mas en la Iglesia su brillante resplandor, cuando sucedió la muerte de Dominico Micheli, patriarca de Grado, en el año de 1451. Y bien persuadido de que ni el senado ni la ciudad de Venecia consentirian nunca en que se les privase de su santo prelado, resolvió trasladar el patriarcado de Grado á la silla episcopal de Venecia, precisamente en consideracion á nuestro santo. Costó mucha dificultad hacerle aceptar esta nueva digni-

dad, y fué necesaria toda la autoridad del papa para vencer su repugnancia por lo mucho que sobresaltaba á su humildad cualquiera cosa que oliese á lustre, aparato y esplendor. No se disminuyó su fervor con el peso de los años. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con nueva devocion, creciendo cada dia su amor á Jesucristo y su ternura á la santísima Virgen, por lo que cada dia le colmaba tambien el Señor de nuevos favores. Cierta santo ermitaño, que hacia mas de treinta años vivia en la isla de Corfú con grande opinion de santidad, aseguró á un noble veneciano que Dios estaba extremamente irritado contra la ciudad de Venecia, la que ya hubiera experimentado los terribles efectos de su cólera si no la hubieran desarmado las oraciones del santo patriarca.

Hacia tiempo que se iban debilitando sensiblemente sus fuerzas, sin ser posible reducirle nunca á que moderase algo sus apostólicos trabajos, sus mortificaciones y su abstinencia, cuando, diciendo misa un dia de Navidad, se sintió extraordinariamente encendido en un vivísimo deseo de gozar de Dios, y de verle cara á cara. Al salir del altar, le asaltó la calentura, y en pocos dias le redujo al último peligro. Siempre habia dormido sobre la dura tierra, y no se pudo conseguir de él que mejorase de cama en la última enfermedad. *Jesucristo murió en una cruz*, decia el santo á los que le apuraban sobre esto, *¿y quereis que un pecador como yo muera en una blanda cama?* Dábanle mucha pena los desvelos y la solicitud de los que le asistian por procurarle algun alivio, y no fué posible vencerle á que admitiese el mas mínimo, ni aun se le pudo persuadir á que interrumpiese su abstinencia. En fin, habiendo recibido los santos sacramentos, y despues de haber consolado á sus familiares, que se deshacian en lágrimas, dicién-

doles no debian celebrar con llanto el dia mas alegre de su vida, entrego tranquilamente su espíritu al Señor el dia 8 de enero del año 1455, á los sesenta y tres y medio de su edad, lleno de dias y de merecimientos, dotado con el don de profecía y de milagros, que continuaron despues de su muerte. Todos convienen en que las obras que dejó al público están mas llenas de sólida piedad que de afectada erudicion, siendo difícil leerlas sin que el alma se sienta movida de devocion por la que respiran.

Fué preciso dejar expuesto el santo cuerpo por muchos dias á la veneracion de los pueblos que concurren de todas partes luego que se extendió la noticia de su muerte. Suscitóse una disputa sobre el lugar de su sepultura entre el cabildo de la catedral y los canónigos reglares de san Jorge, por cuyo motivo estuvo el cadáver descubierto por espacio de sesenta y siete dias en la sacristia de la iglesia patriarcal, sin que al cabo de tan largo tiempo se experimentase ni la mas mínima señal de corrupcion. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con gran número de milagros; por los cuales y por la santidad de su vida se movió á beatificarle el papa Clemente VIII, precediendo las formalidades necesarias; y el papa Alejandro VIII le canonizó solemnemente el año de 1690, fijando su fiesta, por orden de la santa sede, al dia 5 de setiembre, que acaso seria el de la traslacion de sus reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en un arrabal, san Victorino, obispo y mártir, quien, brillando en santidad y milagros, fué elegido por todo el pueblo para obispo de Amiterno. Desterrado con el tiempo bajo Nerva Trajano á Contilhan, lugar pantanoso y mal sano, fué colgado cabeza abajo de orden del juez Aureliano. Habiendo padecido

tal suplicio por espacio de tres dias, murió victorioso al cabo de ellos. Los cristianos recogieron el santo cuerpo y le dieron honrosa sepultura en Amiterno.

En Porto, la fiesta de san Herculano, mártir.

En Capua, san Quincio, san Arconcio y san Donato, mártires.

Dicho dia, san Rómulo, prefecto de la corte de Trajano, quien, abominando la crueldad que el emperador usaba con los cristianos, fué azotado y decapitado.

En Malacia de Armenia, el martirio de san Eudoxio, san Zenon, con mil y cien compañeros, soldados, los que, abandonando el cingulo militar, fueron muertos en la persecucion de Diocleciano, por haber confesado á Jesucristo.

En Constantinopla, san Urbano, san Teodoro, san Menedemo, y setenta y siete eclesiásticos compañeros, mártires, quienes, metidos en un barco por el emperador Valente, fueron quemados en él por la fe católica.

En el pais de Teruena, en el monasterio de Sithieu, san Bertino, abad.

En Aquitania, san Taurino, obispo de Eause.

En Picardía, cerca de Guise, santa Preuva, virgen, despedazada por unos impíos.

En Laon, san Genebando, obispo de dicha ciudad.

En Soisons, san Anserico, obispo, quien asistió al concilio de Reims bajo Sonnace.

En Yesi en la Marca de Ancona, san Séptimo, obispo y mártir, patrono de la santa iglesia catedral de dicha ciudad.

En Ravena, san Ursicino, obispo.

En Etiopia, san Dimado, confesor.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

. Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Laurentii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Concedenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontifice san Lorenzo Justiniano, crezca en nosotros el espíritu de la piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 2 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres : Ego cùm venissem ad vos, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiæ, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. Et ego in infirmitate, et timore, et tremore multo fui apud vos : et sermo meus, et prædicatio mea non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis : ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei.

Hermanos : Cuando vine á vosotros, vine á anunciaros el testimonio de Jesucristo, no con sublimidad de palabras ó de sabiduría. Porque no creí que sabia otra cosa estando entre vosotros, que á Jesucristo, y este crucificado. Y yo estuve entre vosotros con mucho abatimiento y temor y temblor; y mi conversacion y predicacion fué, no con persuasivas palabras de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud; para que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en la virtud de Dios.

NOTA.

« Desde el principio de esta epistola declara san Pablo á los Corintios que no les predicó á Jesucristo crucificado buscando voces escogidas, ni afectando una elocuencia profana, sino llana, humilde y sencillamente; porque la palabra de Dios no necesita de artificios ni de afeites para persuadir. »

REFLEXIONES.

No vine á vosotros con sublimidad de palabras. ; Qué escándalo! ; qué monstruosa contradiccion la de los ministros del Evangelio, si en sus afectados sermones buscan sus aplausos al mismo tiempo que están predicando las humillaciones, los abatimientos de todo un Dios! Entonces en lugar de espantar, de aterrar la divina palabra á manera de un rayo fulminado, no hace mas que lucir y brillar débil y rápidamente á modo de exhalacion ó de relámpago, divirtiendo á los oyentes tranquilos y sosegados. Esto es lo que el mismo Apóstol llama corromper y adulterar la palabra de Dios : *adulterantes verbum Dei*. Pues qué ¿ la palabra de Dios necesita de artificios ni de afeites para persuadir? ¿ depende su virtud de nuestra elocuencia? ¿ eran muy hábiles en el arte de hablar doce pobres pescadores ignorantes, idiotas y groseros? ¿ en qué escuela habian estudiado las flores y las figuras retóricas? Predicaron estos apóstoles con una admirable sencillez aquellas incomprensibles verdades, aquella doctrina dura, ingrata, y por decirlo así, alborotadora, y la predicaron á los Griegos que se preciaban de una sabiduría enteramente humana, fundada toda en la razon natural; predicaron estas verdades á los Romanos orgullosos, fieros y sensuales; predicaronla á todas las naciones, aun á las mas bárbaras; y esos Griegos, esos Romanos, esas naciones sujetaron su razon, rindieron su imaginaria sabiduría, todo su entendimiento, todas sus luces á las verdades de la fe, y todo el universo se convirtió. San Pedro convirtió con su primer sermon en medio de la misma Jerusalem cerca de tres mil personas; ¿ deberánse todas estas maravillosas conversiones á la elegancia de las voces, á los ingeniosos rasgos de los oradores, á la brillantez de los pensamientos y á la artificiosa elo-

cuencia de los predicadores? ¿y no es este artificio puramente humano el que el día de hoy embota la punta de las mayores verdades, debilitando toda su fuerza? Apenas se convierte en diez años un solo pecador con una espesa nube de predicadores que hacen resonar esos púlpitos, siendo así que se predicán las mismas verdades: ¿de dónde nacerá tan prodigiosa esterilidad, siendo una misma semilla? Nace de que muchas veces le quita toda su virtud el artificio con que se la prepara. Ya no se predica la palabra de Dios, sino una palabra puramente humana; ¿pues de qué nos admiramos, ó qué maravilla es que produzca tan poco fruto? Dichoso aquel que solo aprecia no saber mas que á Cristo crucificado. ¿Y tendrán esta divina sabiduría las personas inmortificadas, las sensuales, aquellos idólatras de las diversiones y de los pasatiempos? ¡Ah, y cuántas verdades nos descubre la vista sola de un crucifijo! En él veo un prodigio de amor, un terrible ejemplo de justicia, un motivo y un modelo de penitencia muy persuasivos. En él veo hasta dónde nos amó el buen Jesús; hasta dónde llegó su aborrecimiento al pecado; hasta dónde debo yo aborrecer la culpa, y hasta dónde debo amar á Jesús. Olvidemos todo lo demás para grabar bien en nuestros corazones unas lecciones tan necesarias.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et unidedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco

talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos. Pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas. Y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Dijole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Dijole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

CÓMO NOS HEMOS DE APROVECHAR DE LOS TALENTOS QUE DIOS NOS DIÓ.

PUNTO PRIMERO.

Considera, dice san Gregorio, que ese Señor que hizo un viaje fuera de su país es nuestro Redentor. Este divino Señor es el que nos ha enriquecido con sus dones. ¿Qué cosa buena tenemos que no la haya-